



## Batalla, con b de byte

*Fernando Butazzoni*

*Un nuevo frente de lucha se abre en la guerra imperial: en todo el mundo se libra una batalla sin cuartel por el derecho a la información. Pero ya no se trata del derecho de los periodistas a brindar reportes veraces e independientes sobre cuanto acontece en el combate, sino del derecho de todos a la transmisión horizontal de esas informaciones.*

El desarrollo de Internet ha permitido la creación de gigantescas cadenas de información. Ahora, la invasión a Irak ha multiplicado esas cadenas. La mayoría, de una u otra forma, refiere a la guerra. Un artículo censurado puede llegar con relativa facilidad a millones de lectores en todo el planeta. Una foto es reproducida miles de veces y viaja, por los cables de fibra óptica, desde Kuwait a Londres y de allí a todas partes. El humor gráfico respecto a los avatares de la invasión ha creado piezas de antología, como la foto trucada en la que aparecen Los Tres Chiflados junto a un barril de pólvora, con las caras de Bush, Blair y Aznar. Esa broma le ha dado la vuelta al mundo. A su vez, todos esos materiales originados de forma electrónica, en muchos casos terminan distribuyéndose de mano en mano a través del papel, o colgados en alguna cartelera, o reproducidos por los medios de comunicación tradicionales: la TV muestra esas páginas, los diarios y revistas levantan algunos de esos artículos, en las radios se leen esos despachos.

En los primeros días de la guerra, un anónimo ciudadano iraquí se hizo popular en el mundo entero con sus reportes diarios sobre la situación en Bagdad. Nadie sabía quién era, aunque parecía claro que el hombre no simpatizaba con Saddam ni con los invasores. Él se ocupaba de contar asuntos de la vida cotidiana en una ciudad martirizada. Nada más que eso. Ni nada menos. Después, un día, desapareció de la web. Nadie sabe si lo alcanzó un agente de la Guardia Republicana o un misil estadounidense.

Cuando comenzó la invasión, el periodista Kevin Sites, corresponsal de CNN en el norte de Irak, tenía miles y miles de lectores cada día para su sitio destinado a brindar “su visión personal” de lo que acontecía en la guerra. Duró poco: la propia CNN le pidió que cesara en sus trabajos, ya que lo

consideraban un periodista exclusivo de la cadena. Y está el caso de Jhon Jarvi, quien lanzó, en el comienzo de las hostilidades, un boletín llamado “Esta Guerra Infame”, que ya va por el número 18 y que cuenta con miles de lectores en lugares tan distantes como California, Bogotá, Estocolmo o Montevideo.

### **Información/ desinformación**

Apenas son ejemplos. La principal característica de este incesante tráfico informativo es su horizontalidad. Eliminadas las cadenas verticales de decisión, abatida toda jerarquía, sin necesidad de recursos económicos, cualquier persona, en cualquier parte del mundo, puede —siempre y cuando tenga una computadora y una línea conectada a Internet— despachar su mensaje sobre la guerra. Si el mensaje es acertado, o emocionante, o divertido, o revela datos poco conocidos, o denuncia una triquiñuela o una mentira, entonces encontrará con seguridad quienes lo reenvíen a otros que, a su vez, lo reenviarán a otros y así hasta configurar una casi infinita cadena que se alimenta a sí misma.

Claro que estas cadenas de información se convierten, con gran facilidad, en cadenas de desinformación. Es conocida la historia de la supuesta carta de García Márquez a Bush tras los atentados del 11 de setiembre. Pese a que la autoría de ese texto fue desmentida una y otra vez en distintos medios de comunicación, aún hoy continúa yendo y viniendo por la red, como un satélite fuera de servicio que sigue orbitando en la oscuridad del espacio.

Es que en esta batalla por la información no hay dos bandos sino varios: están los que de manera responsable transmiten aquello que reciben de fuentes seguras, o reproducen materiales de su agrado aparecidos en publicaciones y sitios confiables. Están también los que, alegremente, reciben y reenvían cualquier material que se acomode a su visión de la guerra, aunque no tengan idea de qué tan seria es la información o el comentario que se distribuye. Están los mercaderes que aprovechan esas enormes cadenas para apropiarse de miles y miles de direcciones de correo electrónico, con el único fin de venderlas, después, como bancos de datos para empresas de publicidad o mercadeo. Y están los guerreros, esos casacas pardas virtuales que patrullan el espacio cibernético golpeando aquí y allá, sembrando virus, instalando “cookies” de espionaje, penetrando en los servidores sin autorización, robando información, destruyendo archivos.

En el medio de ese tembladeral, como siempre, hay otros millones de inocentes usuarios que no tienen ningún deseo de involucrarse en historias demasiado complejas o sangrientas. Sólo quieren utilizar su correo electrónico y enviarles mensajes a sus familias o amigos. Pero, justamente por ser millones, esos usuarios son el objeto final de la disputa.

Hace pocos días un amigo, propietario de un servicio periodístico electrónico en Uruguay, me contó que en los reportes de actividad del servidor que

hospeda su página web, había un “cliente” que se repetía cada mañana, siempre a la misma hora, sin faltar nunca a la cita. La dirección electrónica de ese cliente no figuraba completa, pero sí el servidor: “US Military Services...” Muchas páginas de Internet ofrecen servicios de bloqueo, para evitar que el internauta sea vigilado desde puntos remotos. Otras muchas advierten al usuario que se encuentra “en zona no segura”, lo que viene a significar que, muy probablemente, la actividad de su computadora es, en ese mismo instante, objeto de un monitoreo no autorizado.

### **Como peces en el agua**

Resulta que las noticias transmitidas por Internet viajan a la velocidad de la luz, y son imparables. Con razón los servicios de inteligencia están preocupados: la actividad en la red desborda casi cualquier capacidad de seguimiento. Como peces en el agua, los mensajes se les escurren de entre las manos a quienes tratan de inmovilizarlos. En algunos casos, como en el de las organizaciones neonazis, se ha comprobado de manera fehaciente sus vínculos y coordinaciones propagandísticas a través de Internet. Pero ni siquiera esa escoria, cuyo denominador común es la xenofobia y el antisemitismo, ha podido ser perseguida de manera eficaz. Supongo que, mucho menos, podrán serlo los miles y miles de activos pacifistas que en todo el mundo hacen sonar sus campanas cada día repudiando la guerra.

A propósito: la vinculación entre los neonazis y los pacifistas no es impertinente. Bush calificó a Saddam de hitleriano, Saddam acusó a Bush de ser un nuevo Hitler, etc. Conviene detenerse un instante en este asunto. Algunos destacados analistas creen ver, en la oposición a la guerra de rapiña en Irak, un gesto casi solidario hacia Saddam Hussein. Lo grave de tal despiste es que eso los lleva siempre a concluir que, por ingenuidad o miopía geopolítica, muchos pacifistas le restan por esa vía legitimidad al Estado de Israel, aumentando los riesgos de los judíos frente al mundo árabe. Sin embargo, son muchos los judíos que piensan al revés, y que se oponen con energía a esta locura bélica. Y son muchos más los que se han enterado de esa oposición gracias a Internet: la página de JTA (“Global News Service of the Jewish People”), ha informado de la lucha contra la guerra de Irak de muchas autoridades religiosas judías.

En esas páginas se informa, además, de las fuertes críticas a esta guerra realizadas en un acto efectuado en Washington el pasado 1 de abril por destacadas personalidades judías de los EEUU. El rabino David Saperstein, quien preside el “Religious Action Center for Reform Judaism”, fustigó a la administración Bush; el también rabino Eric Yoffie, presidente de la Unión de Congregaciones Hebreas Norteamericanas, no le fue en saga, y dijo que le preocupaba mucho la cuestión de los derechos humanos: “Si ganamos esta guerra pero perdemos la Constitución, lo habremos perdido todo”. Entre los oradores, estuvo el senador demócrata Edward Kennedy. Claro: fue un acto de los demócratas en el que no había ningún republicano... Pero justamente por eso, dicha actividad tuvo tan poca repercusión. Internet permite conocer

en puntos lejanos esos “pequeños episodios de opinión” que van contra la corriente de los grandes medios de comunicación.

El frente de la transmisión horizontal ya se ha desplegado. Ha habido escaramuzas, choques, algunas bajas (“Yellow Times”, un periódico digital norteamericano, fue censurado por la proveedora de Internet Vortech en EEUU y bajado del servicio). Pero mucho me temo que la verdadera batalla aún no ha comenzado y va mucho más allá de la toma de Bagdad. Se puede predecir que en un futuro inmediato habrá más férreos patrullajes virtuales por parte del Pentágono y otros servicios de EEUU en Internet (son los únicos con la capacidad tecnológica y la infraestructura para hacerlo); habrá más virus sembrados en esas cadenas y por lo tanto más dificultades para administrar la información por los particulares; habrá más mensajes falsos, destinados a desprestigiar y quitarle credibilidad a la transmisión horizontal. En fin, habrá infiltrados, zapadores y hasta bombardeos virtuales.

Confieso que me repugna emplear ese lenguaje, pero en la lógica bélica de los vigilantes imperiales, esos son los términos que ellos utilizan. Conviene saberlo y estar preparados. Para ello, la clave es manejar de manera responsable la transmisión horizontal. Más que un gesto de divertida complicidad, cada mensaje reenviado debería ser un acto cívico realizado con seriedad, lo cual no impedirá seguramente disfrutar hasta la carcajada con Los Tres Chiflados del siglo XXI.



*“Los tres chiflados”, obra anónima (técnica mixta, 2003).*